



El Emigrante

¡Qué triste queda la playa
Cuando los barcos se alejan!
¡Cómo se empañan los ojos,
Cómo las manos se elevan
Y entre los dedos agitan
Pañuelos como libélulas,
Pañuelos que son adioses,
Y adioses que son poemas!
Cuando se alejan los barcos,
¡Qué triste la playa queda!

Aquella anciana abatida,
De nevada cabellera,
¡Por qué solloza convulsa
Y el mar insistente otea?
¡Por qué aquesa joven linda,
De mejillas de azucena,
Deja fluir de sus ojos,
Tornasoladas dos perlas?
¡Ah! son la madre y la novia
Del que se va a lueñas tierras,
De las que acaso ya nunca
A sus patrios lares vuelva.

Pobres mujeres, yo siento,
Al veros una honda pena,
Porque sé de la tortura
De despedidas acedas.
Pero a ti, madre llorosa,
Aun otros hijos te quedan
Que lenifiquen tus duelos
Con sus besos y zalemas;
Y tú, amante desdichada,
De tu fugitivo Eneas
Presto hallarás sustituto
Debajo de tu cancela.

Quien me deja el pensamiento
Arrecido de tristeza,
Es el mísero expatriado
Que del buque en la cubierta,
Insensible al clamoreo
Del leviatán que lo lleva,
Ve alejarse lentamente
La tierra donde naciera.
Sin que ninguno de aquellos
Blancos lienzos que aletean
Sea para él, pobre paria.
De despedida el emblema,
Y mientras piensa, afligido,
Que en su errabunda existencia
Viene, del hilo pendiente
Que al destino le sujeta.
¡De do nadie le desoid!
Y va do nadie le espera!